

CICLE LLEGIR POESIA EN TEMPS DE CRISI

Sessió 11/03/15 a càrrec de Josep Gerona

Biblioteca Vapor Badia

Poemes de “La certeza” d'ELOY SÁNCHEZ ROSILLO

Llibres de poesia publicats:

Maneras de estar solo (Premio Adonais de Poesía 1977), Ediciones Rialp (Adonais, 350), Madrid, 1978.

Páginas de un diario, Los Libros de la Frontera (El Bardo, 5), Barcelona, 1981.

Elegías, Trieste (Biblioteca de Autores Españoles, 21), Madrid, 1984.

Autorretratos, Ediciones Península / Edicions 62 (Poética, 16), Barcelona, 1989.

La vida, Tusquets Editores (Marginales —Nuevos Textos Sagrados—, 150), Barcelona, 1996.

Las cosas como fueron. Poesía completa, 1974-2003, Tusquets (Marginales —N. T. S.—, 221), Barcelona, 2004.

La certeza (Premio Nacional de la Crítica 2005), Tusquets (Marginales —N.T. S.—, 232), Barcelona, 2005.

Oír la luz, Tusquets Editores (Marginales —Nuevos Textos Sagrados—, 251), Barcelona, 2008.

Sueño del origen, Tusquets Editores (Marginales —Nuevos Textos Sagrados—, 269), Barcelona, 2011.

Antes del nombre, Tusquets Editores (Marginales —Nuevos Textos Sagrados—, 281), Barcelona, 2013.

Antologies:

En el árbol del tiempo, Pretextos, Valencia, 2012.

Hilo de oro, Cátedra, Madrid, 2014.

UN VASO CON ANÉMONAS (1983)

Ya no queda nada de los años
aquellos. El olvido, lentamente,
lo ha ido borrando todo, y es tu imagen
la sola luz que a veces aún brilla en tanta noche.
Qué habrá sido de ti, de tus ojos que siempre
miraban confiados como si eternas fueran
—por ser bellas— las horas, tiempo quieto y sin muerte.
Dónde estarás, dónde estarán los días
de nuestra desvalida primavera,
el cuarto aquel, el sol que en el crepúsculo
acariciaba un vaso con anémonas.

(“Elegías”)

MIRO PASAR LAS NUBES (1988)

¿Qué fue de aquel muchacho que yo fui,
de los días aquellos en que era
cierto o posible todo y toda cosa
se encontraba al alcance de mi mano?
Miro pasar las nubes que la tarde
va moviendo en el cielo. En apariencia,
nada ha cambiado, pero qué distinto
me descubro a mí mismo si contemplo
en el espejo del papel al hombre

que ahora intenta escribir este poema.
Pasan las nubes; pasa el tiempo; pasa
la luz gris del invierno por el cuarto
en el que escribo a solas. A lo lejos,
se oye el rumor del mundo. Late, aquí,
la realidad callada. Se diría
que es todo igual, mas todo es diferente.
Y difícil. Y extraño. Ya no tengo
la juventud que tuve —o que soñé
que tuve—, aquella fe que mantenía
mi vida en vilo: tantas ilusiones.
Y muy despacio —y a la fuerza— aprendo
a ser el que ahora soy, a ir olvidándome
de lo que fuera mío y la corriente
del tiempo me ha quitado.

Busco un poco
de paz, y, en esta nada, puedo acaso
decir que soy casi feliz. No pienso.
Acepto. Y vivo.

Pero a veces aún,
cuando miro las nubes que la tarde
va moviendo en el cielo lentamente,
me acuerdo de los días en que era
cierto o posible todo y toda cosa
se encontraba al alcance de mi mano.
Y me pregunto con melancolía
qué fue de aquel muchacho que yo fui.

(“Autorretratos”)

“[...] El verso elegíaco, que canta la pérdida y la asunción del desgaste, cede el testigo a una nueva fase en la que pasa a primer plano una voluntad agradecida, esperanzada y llena de alegría. La jornada al paso propicia el disfrute de lo verdadero; llena los sentidos con los vislumbres que la contemplación depara. Se abandona la queja por la pérdida y la carencia para dar fe de vida.”

José Luis Morante: Introducción a “Hilo de oro”, p.63

LUZ QUE NUNCA SE EXTINGUE (1998)

Te equivocas, sin duda. Alguna vez alcanzan
tus manos el milagro;
en medio de los días que idénticos transcurren,
tu indigencia, de pronto, toca un fulgor que vale
más que el oro más puro:
con plenitud respira tu pecho el raro don
de la felicidad. Y bien quisieras
que nunca se apagara la intensidad que vives.
Después, cuando parece que todo se ha cumplido,
te entregas, cabizbajo, a la añoranza
del breve resplandor maravilloso
que hizo hermosa tu vida y sortilejó el mundo.

Tu error está en creer que la luz se termina.
Al cabo de los años he llegado a saber
que en la naturaleza del milagro
se funden lo fugaz y lo perenne.
Tras su apariencia efímera,
el relámpago sigue viviendo en quien lo vio.
Porque su luz transforma y ya no eres
el hombre aquel que fuiste antes de que en tus ojos,
de que en el fondo oscuro de tu ser fulgurase.

No, la luz no se acaba, si de verdad fue tuya.
Jamás se extingue. Está ocurriendo siempre.
Mira dentro de ti,
con esperanza, sin melancolía.
No conoce la muerte la luz del corazón.
Contigo vivirá mientras tú seas:
no en el recuerdo, sino en tu presente,
en el día continuo del sueño de tu vida.

UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO (1999)

Al final de la infancia —tenía doce años—,
estuve interno en uno de aquellos terroríficos
colegios religiosos de la época. Era
inhóspita y muy fría la ciudad en que alzaba
ese centro sus muros carcelarios. Tras ellos,
pasé yo un curso entero, solo, desesperado,
entre dómines crueles y extraños condiscípulos.
Me acuerdo, más que nada, del larguísimo invierno:
nieve triste que cae sobre unos patios tristes,
humedad minuciosa que hasta los huesos cala.
Sufrió allí lo indecible. El corazón de un niño
puede albergar a veces todo el dolor del mundo.

Pero también conservo de aquel infierno helado
unos pocos recuerdos hermosos, cuya luz
inextinguible siempre me acompaña y me salva:
una vez por trimestre me daban el aviso
de que había venido mi madre a visitarme.
Yo acudía corriendo a la sala sombría
en la que me esperaba. Y, tras abrir de golpe
la puerta, la veía. Era verdad, era ella,
joven aún, bellísima, cerca de mí, a mi alcance,
llena de abrazos, besos, risas, dulces palabras.

GRATITUD (2003)

Durante muchos años fui dichoso.
Tal vez lo supe, pero no lo supe,
ni habría podido entonces admitir que lo fuera,
pues quien pretende lo absoluto
no se conforma nunca con la parte,
aunque esa parte sea casi el todo.

Mi patrimonio fue la luz del mundo;
toqué la realidad, también soñé,
y tuve amor, tuve en el pecho el canto.

Desde un presente que es manos vacías,
casa desierta, invierno, turbio pecho,
melancólicamente doy gracias por los dones
que no aprecié del todo cuando la vida quiso
que fulgurasen junto a mí,
por los bienes que fueron y que no fueron míos
y que luego perdí sin saber cómo.

UNAS POCAS PALABRAS VERDADERAS (2004)

Abrir un libro y encontrar allí,
en unas pocas líneas desiguales,
no el simple autorretrato de su autor
ni una historia que a él solo le concierne,
sino mi propio rostro y el recuento
de mis desdichas y mis alegrías,
de claves de mí mismo que conozco
y de otras que ignoraba hasta la fecha.
¿Cómo es posible? Qué misterio siempre
el poema que llega hasta nosotros
no para entretenernos, sino para
zarandearnos sin contemplaciones,
para herirnos con toda su verdad
y con esa verdad darnos consuelo.
No es fácil encontrar este poema
en un libro de versos, pero cuando
por intuición lo hallamos o el azar
nos lo pone delante de los ojos,
qué bien acompañados nos sentimos,
cuánto agradecimiento en nuestro pecho.

LEJOS (2004)

Cómo se desdibujan con los años
los detalles precisos de la felicidad:
el verdadero tono de tu voz, los matices
de tu pelo y tu piel bajo la luz dorada
de aquel febrero insólito, el acento
con el que pronunciabas las palabras
mágicas y usuales del amor, tu manera
de reír, de mirarme. El recuerdo aproxima
el agua a nuestros labios, pero el tiempo
no nos deja beber. Tantean los ojos
en la noche cerrada y la memoria es sueño
que sólo vagamente me devuelve tu imagen.

A SOLAS (2003)

Esta tarde de mayo es una tarde
como tantas que han sido: una tarde del mundo.
Muestra una luz vivísima
que exalta cuanto toca y ven los ojos,
que persiste en las cosas y que no quiere irse.
Esta tarde cualquiera y tan común
no es nada apenas y es un don incalculable
que yo respiro en calma, aquí, en mi cuarto,
concentrado tan sólo en mirar hacia afuera,
fascinado y dichoso y muy consciente
de lo mucho que valen estas horas,
este tiempo indistinto y único en que la vida
se me acercó propicia y en voz baja me dijo:
“Siéntate ahí; por hoy,
ningún cuidado tengas; quédate en paz”. Y luego
a solas me dejó,
a salvo de ella misma y de mí mismo,
al margen del dolor y de la muerte.

LA CERTEZA (2004)

Qué ciego estuve, habiendo como hay
tanta luz, tantos signos
que en todo instante la verdad nos dicen.
Hay que abrir bien los ojos para ver,
aguzar el oído
para oír lo que importa.
Cada vez se apodera
de mí con más pujanza y más dulzura
la certidumbre de que sólo hay vida.
¿Quién que respire y que haya acumulado
en su pecho alegrías y dolores,
noches y días del vivir, no intuye
—sin que por ello en ocasiones arda
esa lumbre con llama vacilante—
que no hay muerte que pueda
desdecir y anular esto que somos?
Canta en mi corazón una esperanza
que llena mi presente y me sostiene:
no, la muerte no mata; es también vida,
un misterioso trámite de sombras
que transforma lo vivo,
lo limpia y lo redime.
Cuanto existe, existió y será después.
En el misterio hermoso
de alentar en un mundo que se hizo
con la misma materia de los sueños,
¿cómo iba la muerte a poner fin
a esta fragilidad indestructible
que en nosotros habita?
La muerte borra el gesto
habitual de un hombre,
sus maneras, sus ropas, y lo vuelve
criatura distinta, pero no
aniquila el espíritu,
que se templó en el fuego.
Toco con estas manos lo que afirmo,
con nitidez contemplo su fulgor,
aunque diga con tanta inconsistencia
—y determinación tan desvalida
que al cabo es titubeo—
una certeza que muy mal se aviene
a razonables argumentaciones.
Alégrate, alma mía;
vive tus días con amor
y ningún miedo tengas
de perder para siempre lo que eres,
lo que has amado y que como una dádiva
se te otorgó o llegaste a merecer
con lucha e ilusión. Ten confianza,

porque todo otra vez y muchas veces
ha de pertenecerte en esta vida
que comienza y que cambia, que retorna
y que no acaba nunca.



TODO (2011)

Todo lo que he vivido ocurre hoy
y hoy acontece todo lo que sueño.
El corazón, al fin, comprende y sabe.
Nada he perdido; tengo lo que aguardo
y es alegría la melancolía.
Transcurre una mañana de mi infancia
y el sol dora las manos de mi madre;
siento en mi piel la llamarada hermosa
de otra piel, y me mira para siempre
en el girar del mundo una muchacha;
a mi lado, en mi casa, crece un niño:
el sol toca mis manos y su pelo;
la rosa que tendré ya sucedió
y se completa floreciendo ahora.

(“Antes del nombre”)

CUANDO MIRAS DESPACIO (2011)

Si te quedas mirando largamente
cualquier cosa del mundo
—un gorrión, una mujer, un árbol,
un río, un desengaño, tal poema
por el que pasa un río
y una mujer desengañada y sola
y en el que se alza un árbol al que acuden
los gorriones mientras cae la tarde—,
si miras cualquier cosa un largo rato
y dejas que entre en ti,
que te vacíe de tu oscuridad
y que en tu ser halle cobijo y sea,
verás y sentirás que cuando miras
tú eres mundo también,
que en ti la vida se entrecruza y canta,
y que todo es sagrado.

(“Antes del nombre”)